

Centro de Estudios “La Cañada”

Taller de Economía 2021

Los problemas del mundo actual

Reunión Nº 3

Introducción

Hasta ahora, las temáticas analizadas fueron:

Índice de 1ª. Reunión

1. El punto de partida
2. El conocimiento en las corrientes filosóficas tradicionales
 - 2.1. Subjetivismo
 - 2.2. El objetivismo
 - 2.3. Objetivismo y subjetivismo en ciencias de la sociedad.

Índice de 2ª. Reunión

3. Las distorsiones de la realidad
 - 3.1. La visión unilateral en la fase analítica
 - 3.2. La visión unilateral en la fase de la acción
4. A la búsqueda de una alternativa
 - 4.1. Las hipótesis fundamentales
 - 4.2. Como construir nuestra alternativa
- 4.3. La confusión entre la realidad y su percepción

Índice de 3ª. Reunión

- Introducción
5. Confusión entre realidad y percepción
 - 5.1. Realidad y percepción en el plano analítico
 - 5.1.1. La negación de la teoría
 - 5.1.2. El reemplazo de la teoría con la intuición
 - 5.1.3. Los mecanismos de la intuición
 - 5.2. Realidad y percepción en el plano de las acciones concretas
 - 5.2.1. Pensamiento desiderativo y el voluntarismo
 - 5.2.2. Creación de falsos problemas
 - 5.2.3. La diáada problema-solución
 - 5.2.4. Argumentos “ad hominem” y “chivos expiatorios”
 - 5.2.5. El poder y el instinto.

Introducción

Dada la unidad del trabajo, recomendamos, previo a la lectura de este capítulo, repasar los anteriores. En esas reuniones hemos intentado describir la problemática a enfrentar: crisis mundial derivada de la presentación simultánea de graves dificultades.

A partir de las pautas culturales vigentes, serían temáticas independientes entre sí. Bajo esa concepción unidimensional, las recomendaciones surgidas, aunque en el corto plazo, podría aliviar sus efectos; a largo plazo, contribuyen a consolidar los problemas estructurales que les dan origen, su propia retroalimentación y la ligazón entre ellos.

En esta reunión intentaremos, en dirección a superar el problema, revisar las consecuencias de ese abordaje unidimensional. En particular, la confusión entre la realidad y su percepción, y sus efectos analíticos y sobre las políticas instrumentadas.

5. Confusión entre realidad y percepción

La analizaremos a través de sus efectos en los dos planos fundamentales: el analítico y en el de las acciones concretas.

5.1. Realidad y percepción en el plano analítico

En las condiciones actuales del conocimiento, el plano analítico se desarrolla dentro de un marco conceptual de compartimentos estancos. Y los errores de su deriva es potenciado por diferentes y erróneas metodologías de acceso. Esto provoca serios conflictos ante una realidad donde los fenómenos, tanto de la naturaleza como de la sociedad, aunque de apariencia muy diferente, se entremezclan en una unidad indisoluble.

La problemática actual reúne, en un solo haz, la polarización del ingreso, el calentamiento global y la pandemia. Vinculados por un origen común, sus procesos auto-reproductivos y su mutua potenciación. Y frente a esa realidad, los científicos y políticos que actúan en esos planos, munidos de criterios convencionales, quedan inermes.

Se encuentran ante una complejidad que, dada su formación cultural, rechazan por imposible. El entrecruzamiento de procesos naturales y sociales, no tiene cabida en ningún libreto previo. Y cuando esa realidad entra en colisión con el conocimiento convencional, todos los intentos por conocerla y corregirla, fracasarán, y de manera inevitable.

Ya no se trata del habitual fracaso derivado de mantener aislados el conocimiento de la economía y de la sociedad. Ahora también las disciplinas vinculadas a la naturaleza, frente a una realidad donde los fenómenos se han soldado con los de tipo social, chocan contra un verdadero muro.

La búsqueda de una salida debería comenzar por equiparar las metodologías de acceso a la realidad. En ese sentido, debemos partir de un análisis crítico de las “ciencias blandas” para acercarlas a la metodología de las “ciencias duras”, cuyos avances, han mostrado mayor capacidad para aproximarse a una realidad inherentemente compleja.

El fracaso sistemático de las políticas socio-económicas, en comparación con el avance alucinante de la tecnología derivada de las ciencias de la naturaleza, aun habida cuenta del sesgo en sus prioridades, no deja lugar a dudas, respecto hacia donde debemos comenzar a mirar a fin de enfrentar los problemas actuales.

La elaboración de políticas en el terreno social, sobre todo cuando sus fenómenos aparecen enlazados a los naturales, necesita adoptar criterios compatibles, no necesariamente iguales, entre ellos. Y en ese sentido resulta central suponer, en la sociedad, tal como es habitual en la naturaleza, la existencia de procesos objetivos y autónomos.

Y acá enfrentamos el obstáculo más difícil a vencer. Toda la práctica de las principales orientaciones en materia de ciencias de la sociedad, plenamente adoptadas, tanto por las universidades como por las corrientes políticas mayoritarias, debido a la presión cultural, rechaza, y de manera visceral, la existencia de procesos objetivos y autónomos.

Bajo ese tipo de criterio, cuando debemos enfrentar una estrecha vinculación de procesos sociales y naturales, las dificultades se multiplican al infinito. Ante esos hechos, los investigadores, en ciencias de la naturaleza y de la sociedad están afectados por un sesgo común: trabajar con disciplinas en compartimentos estancos y autosuficientes, es decir, una visión unidimensional en lugar de multidimensional. Y ambas ramas bajo criterios opuestos de acceso al conocimiento. Dos elementos cruciales que conllevan un rechazo, explícito o implícito, a la existencia de procesos autónomos

Sin embargo, contamos con algunos elementos a favor para generar un vuelco. La crisis ha expuesto las múltiples dimensiones de la realidad, su interrelación y la necesidad de su abordaje conjunto. Estas condiciones han logrado colocar entre paréntesis los análisis y recomendaciones convencionales y ya comienzan a aflorar enfoques alternativos.

En el caso de las ciencias de la naturaleza, hemos visto esa corrección del rumbo a partir del otorgamiento de premios Nobel a trabajos integradores en ciencias de la naturaleza; la creación de universidades ad-hoc; etc.

Por el contrario, en materia de disciplinas de la sociedad, la visión aislada de sus temáticas específicas (en particular, economía y sociología), debido a una mayor, consciente y agresiva presión cultural, tiende a abroquelarse cada vez más. En particular, lo vemos en premios Nobel y enseñanza académica de la economía, donde sus efectos sociales, ambientales y sanitarios, son olímpicamente ignorados.

Aunque en este ámbito existen distintas orientaciones, todos esos casos, quedan unidos por el predominio de una fuerte raíz subjetivista, y por ende, un rechazo tenaz a unificar criterios con las ciencias de la naturaleza, justamente por la tendencia en ese campo, a utilizar métodos objetivistas, opuestos a los suyos.

Todos estos elementos conllevan una confusión entre la realidad y su percepción. A fin de profundizar este aspecto, que consideramos crucial, revisaremos de manera sucesiva, sus principales efectos: la negación de la teoría, el reemplazo de la teoría por la intuición, y los mecanismos de esa intuición.

5.1.1. La negación de la teoría

El efecto fundamental de esa confusión radica en la negación del instrumento teórico. Y esto resulta crucial para captar la existencia de una realidad objetiva, donde la hipótesis fundamental radica en la existencia de diversos niveles. Y por ende, debemos contar con instrumentos teóricos para acceder a los niveles no posibles de visualizar, de manera directa. Ni captar a través de los sentidos, ni registrar de manera estadística. Solo podemos visualizar y/o registrar sus efectos, en el nivel de la superficie.

En economía a esos niveles profundos le hemos llamado estructurales. Son tales como el modo de producción, los fenómenos de dependencia, acumulación, etc. Demasiado parecidos a los fenómenos en ciencias de la naturaleza, tanto a nivel del universo, como en el mundo cuántico. Solo una teoría, un conjunto de hipótesis, permite avanzar en el conocimiento de elementos objetivos, pero no posibles de observar ni registrar. Y esa teoría se consolida cuando el avance tecnológico permite comenzar a registrar, no el fenómeno en sí mismo, sino las consecuencias implícitas en esa teoría.

Estos elementos, procesos objetivos y autónomos, hacen necesario una teoría para conocerlos, y ésta resulta clave y de aceptación generalizada en ciencias de la naturaleza. Las denominadas “ciencias duras”. Sin embargo, en ciencias de la sociedad, la práctica generalizada es el versus de esto: rechazo a la existencia de una realidad objetiva y autónoma, y por ende, rechazo de la teoría como instrumento para su conocimiento.

Por eso, en la dimensión aislada de la economía, la mayoría de trabajos sólo hace referencia a cuestiones de política económica. Intentan afirmar sus propias recomendaciones, basadas criterios de aplicación universal (regular o desregular, prioridad a acumular o distribuir, etc.), y critican las recomendaciones del “adversario” y/o “enemigo”.

Jamás aluden a un diagnóstico previo y específico del cual surgirían esas recomendaciones de política económica. Y de hecho, están eludiendo la teoría, un componente fundamental de ese diagnóstico. Y la esquivan, pues si llegaran a criticar los fundamentos teóricos del oponente, deberían hacerlo mediante una teoría alternativa. Y ésta, o no existe, o resulta vergonzante exhibirla.

Sin embargo, un autor muy difundido, se ha animado a hacerlo, y de manera muy transparente. Se trata de un economista de origen coreano, y conocido por su crítica

demoledora (y certera) a las políticas del FMI hacia los países endeudados. Se trata de Ha-Joon Chang, docente de economía en la Universidad de Princeton. En un trabajo firmado y publicado en *El País de España* (06-07-2014), (ya citado en las reuniones del 2016 sobre economía heterodoxa), nos dice:

“La economía es una cuestión política. No es, y nunca podrá ser, una ciencia. En economía no hay verdades objetivas que puedan ser establecidas sin que medien juicios políticos y, a menudo, éticos. Por lo tanto, al enfrentarse a un razonamiento económico hay que plantearse la antigua pregunta, ¿cui bono? (¿a quién se beneficia?), que hizo celebré el estadista y orador romano Marco Tulio Cicerón”.

En buen romance, en economía no existe proceso alguno a estudiar, todo se reduce a la posición a adoptar y a las acciones a llevar a cabo frente a cada problema. Sin embargo, tras ese párrafo existen graves errores conceptuales y conllevan una trampa. Por una parte está aceptando tomar la dimensión económica de manera aislada; por la otra, habla de economía en términos genéricos. Introduce confusión acerca de si la está ubicando en el momento analítico o en el de política económica.

Está claro que en materia de política económica, ésta no debería ser interferida por rigideces. Si pretendo desprenderla, de manera directa desde una teoría, podría llegar a introducirla. Incluso lo más aconsejable, en períodos de crisis, resulta de adoptar su versus: flexibilidad conceptual. Existen situaciones difíciles, obligando a rechazar posiciones dogmáticas y combinar políticas ortodoxas y heterodoxas para, en el corto plazo, salir de algún “berenjenal”, algo muy habitual en economías como las de Argentina.

La teoría resulta imprescindible, no en la instancia de las políticas, sino en la analítica. Sin embargo para ese autor, ese momento no existe. Jamás alude a los errores de la ortodoxia en ese plano. Y no lo hace pues debería criticar la subjetividad del análisis neoliberal y la ausencia de una verdadera teoría. Y eso podría convertirse en un “boomerang”, pues él también aplica un método subjetivo, incluso en versión extrema. De esa manera evita exponer su flagrante contradicción.

Y la aplicación de esa vía, subjetividad en su versión extrema (la realidad no existe), luego culmina de la peor manera. En lugar de señalar, a partir de las tendencias estructurales, los gruesos errores teóricos del neoliberalismo, llevando, en lugar de superar, a consolidar las deformaciones; le resulta más cómodo, adjudicar los efectos regresivos de las políticas ortodoxas a la portación de una maldad congénita en sus autores. Y de esa manera entrar en el reino de la subjetividad, donde esa orientación se mueven como “pez en el agua”: realizar afirmaciones, imposibles, ni de probar ni refutar.

De esa manera aseguran que todo debate terminará empantanado entre el “yo creo o no creo”. La subjetividad “al palo” diría la Bersuit Vergarabat. Traducido al “argentino básico”: vos decís eso por “gorila”, o por “peronista”. Casi sin diferencia con culpar a las brujas por las sequías y las pestes, y la trágica continuidad histórica de esa práctica.

Sin embargo parece ser muy útil para profundizar la “grieta” y su efecto de polarización política. Sólo dos partidos políticos absorbieron el 90 % de votos en Argentina.

Tras desconocer la teoría, se elude el análisis previo de la realidad. Para esas líneas de pensamiento resulta una estupidez intentarlo. Justamente, el punto de partida de su concepción filosófica, radica en la imposibilidad de existir una realidad objetiva.

Están obviando la necesidad de realizar un diagnóstico previo, un elemento crucial para definir las políticas a implementar. Para estos autores, las políticas, y en particular, la política económica, sólo debería estar “enganchada” a una ideología previa, provee-

dora de los diagnósticos y soluciones. Y de esa manera serán siempre universales, es decir, aplicables en todo tiempo y lugar. El análisis concreto de la situación concreta no existe ni debería existir, pues la realidad siempre es ilusoria.

Esto, en el plano político. El plano académico, está copado por el positivismo, donde resulta usual hablar de teorías. Alardean de contar con una “teoría” y de nivel “académico”. Sin embargo, no ha sido construida a partir de una crítica científica, sino a partir de relaciones superficiales. Aquellas posibles de registrar estadísticamente.

Son meras correlaciones entre la evidencia de superficie. Nunca podrían surgir de factores estructurales. P. ej., en economía, encuentran una correlación positiva entre inversión y crecimiento, y lo definen como una “teoría”. A partir de ella, el neoliberalismo, recomienda prioridad a la inversión con subsidios a empresas, vía préstamos blandos, exenciones impositivas, etc.; tendiente lograr una acumulación que, luego, a través de un ignoto mecanismo producirá la redistribución. El famoso “derrame”.

Sin embargo, para resultar una práctica científica, antes de realizar el cálculo estadístico de correlación, deberían poder demostrar la existencia de una relación necesaria entre ambas variables en un modelo teórico, y previo a esa estimación. Sin embargo, proceden de manera diametralmente opuesta: a partir de esas correlaciones crean el “modelo”, y llegan al colmo de la tontería cuando luego “verifican” esa teoría con la misma estadística utilizada para su “construcción”. Un absurdo desde cualquier punto de vista. Y de paso cumplen con un apotegma académico heredado del Medioevo: utilizar los modelos más sencillos posibles, pues contienen la “verdad”.

El problema se presenta cuando esa relación, “probada” estadísticamente, no existe como relación necesaria en un eventual modelo teórico. Corren el serio riesgo de realizar recomendaciones de política económica a partir de correlaciones espurias. La posibilidad de cometer los más graves errores, está servida.

Y la oposición a ese modelo, en particular, el populismo, en lugar de criticar el grave error de reemplazar la teoría con correlaciones espurias, se limita a plantear el versus de esa relación: prioridad a la distribución para lograr el crecimiento.

Y ambas caen en el mismo y grave error: considerar las relaciones en economía como de tipo funcional, de causa-efecto, secuenciales, y siempre en una misma dirección. Aunque aparentan profundas diferencias, son iguales. Ambas suponen la existencia de secuencias: la acumulación derivará, o bien de mayores inversiones, o bien, de un mayor consumo. Pero ambos están ocultando algo crucial derivado de la teoría: los procesos de acumulación y distribución no son secuenciales, sino retroalimentados, de manera simultánea y permanente.

Otorgar prioridad a la inversión (neoliberalismo), o bien a su versus, la prioridad al consumo (populismo), y limitarse a esperar los efectos positivos sobrevinientes, se transforman en gruesos errores de política económica, cuyos efectos acumulativos a lo largo de décadas terminan por convertirse en deformaciones estructurales de una gravedad inédita. O bien agrava la distribución o bien agrava la acumulación.

Forzar mediante inversiones el crecimiento del PBI, jamás podría, por sí mismo, mejorar la distribución del ingreso. Forzar la distribución del ingreso, nunca podría, por sí misma, transformarse en crecimiento. Piensan sólo en el primer efecto de sus políticas, como hacer crecer las ganancias empresarias. Solo difieren en la vía para hacerlo.

La clave radica en la continuidad de ese proceso y su retroalimentación. En este caso, a partir de las mayores ganancias, o bien provenientes de una desregulación (p. ej.

reducir impuestos), o bien por mayores ventas derivadas de la capacidad de consumo, lo importante resulta de la decisión empresaria sobre el destino de las mayores ganancias producidas por ambos métodos.

Y las alternativas son muchas y dependen del contexto: inversión para una mayor capacidad de producción futura, consumo suntuario, especulación financiera dentro o fuera del país (fuga de capitales). A su vez la reinversión puede realizarse en la misma rama, o fuera de ella, con integración vertical u horizontal, con tecnología capital o mano de obra intensiva, etc.

Son decisiones en un sistema capitalista, adoptadas por los empresarios al margen de la política económica realizada por el Estado, sobre todo en Argentina donde ningún gobierno ha intentado siquiera orientar ese tipo de decisiones, mediante la utilización del instrumento impositivo. P. ej., diferenciar alícuotas según el destino de las ganancias: a reinvertir o a distribuir entre los accionistas.

Deben adoptarse medidas de política económica tendientes a actuar, de manera coordinada sobre los procesos de acumulación y distribución, pues el efecto es de retroalimentación simultánea. P.ej., incentivar la producción de bienes de lujo lleva, de manera inexorable a una polarización del ingreso. La mejor distribución del ingreso de Argentina se produjo cuando el grueso de la producción de autos radicaba en el Fiat 600 y el Renault 4 L, y las ventas de la firma Alpargatas se basaban en sus marcas “Rueda” y “Luna”. Luego, esas empresas, y el resto, orientaron el grueso de su producción hacia el consumo de la gama entre el mediano y el alto nivel de ingresos.

Esa forma de “armar” teorías solo a partir de una estadística, resulta sospechosa-mente parecida al fundamento de la teoría geocéntrica de Ptolomeo. Estaba basada en una correlación perfecta: todos los días, el sol sale por el este y se pone por el oeste, por lo tanto resulta evidente el sol girando alrededor de la tierra. Sin embargo era una co-rrelación espuria. Una teoría basada en tan dura evidencia empírica (100 % de casos), nunca podría derrotarse.

Sin embargo, la teoría geocéntrica fue aniquilada, pero no por una estadística, sino por una teoría alternativa, la teoría heliocéntrica de Copérnico. Aunque resultaba el ver-sus de la anterior, generaba el mismo efecto visual respecto del sol. Aquella estadística “confirmaba”, dos teorías opuestas

Y en materia de ciencias de la sociedad estaríamos cometiendo el mismo tipo de error si partimos solo de la evidencia empírica. Por el contrario debemos partir, en lugar de la hipótesis lo más sencilla posible, de su complejidad inherente. Y en esa alternativa resulta necesario un tratamiento objetivo, equivalente, no igual, al de ciencias naturales.

Bajo ese criterio aparece la necesidad de una teoría, bajo los cánones específicos, de los procesos sociales. Un terreno donde impera un particular tipo de fenómeno. No son procesos universales, sino de alta especificidad, a analizar a través de la evolución histó-rica, de su base material, sus relaciones sociales, y su envoltura jurídica y cultural.

Y esto sí resulta diferente a los fenómenos universales propios de las ciencias de la naturaleza. Los elementos químicos de la Tierra, de Marte o de algún lejano exo – pla-neta, pueden ser analizados con la misma Tabla Periódica de Mendeleyeff. Y cualquier material no conocido, a hallar en la Tierra o en Marte, ya tiene su espacio reservado en esa tabla, incluso anticipando su número de protones, la configuración de sus electrones y sus propiedades químicas. Algo similar ocurriría si las sondas en Marte llegaran a encontrar rastros biológicos de microorganismos.

Por el contrario, si estudio los procesos de acumulación (y/o des-acumulación) en Paraguay, sus resultados nunca podrían ser trasladados al caso específico de Argentina o de Estados Unidos, pues son procesos históricos de alta especificidad. Debo comenzar desde cero aplicando el mismo criterio histórico-crítico utilizado en Paraguay, es decir una metodología de base objetiva, equivalente (no igual), a la practicada en materia de ciencias naturales.

Sin embargo, son de aceptación generalizada, la existencia de disciplinas aisladas y bajo metodologías diferentes e incluso incompatibles. Y portando un certificado de “cientificidad”, otorgado por la universidad, al mantener separadas esas disciplinas.

5.1.2. El reemplazo de la teoría con la intuición

La negación de la teoría hace posible, en la práctica concreta, reemplazar esa teoría por la intuición. Conocer esos mecanismos de reemplazo nos ayudará a profundizar la comprensión del papel de la teoría en el momento analítico.

Hemos visto como el subjetivismo rechaza, y como punto de partida, toda posibilidad de pensamiento objetivo en materia de ciencias de la sociedad. Ese objetivismo supone la necesidad de bucear tras las apariencias, en un mundo donde “lo esencial es invisible a los ojos”, tal como le dice el personaje del Zorro al Principito, y este lo repite para sí mismo, a fin de no olvidarlo.

A pesar del subjetivismo reinante en las disciplinas vinculadas a la sociedad, nunca es reivindicado como tal. Y consideran innecesario hacerlo, pues su versus no existiría. Y si llega a aparecer, es tachado de anti-científico y asunto terminado.

No les hace falta ni siquiera aludir al carácter “científico” de su metodología subjetivista, pues sería algo ya probado. Lo certifica su utilización en las áreas vinculadas a disciplinas de la sociedad, por parte de las universidades “top del ranking”.

Y si esto no es suficiente, disponen del “cross” para el “nocaut” final: hacer referencia a que, su eventual alternativa, el objetivismo, yace enterrado bajo las ruinas del muro de Berlín. Eso basta y sobra para ignorarlo. Debatirlo sería una lamentable pérdida de tiempo. Ahora se le llama, “cultura de la cancelación”.

Incluso, pierde todo sentido debatir su científicidad, porque ese subjetivismo aparece bajo la forma de algo “evidente por sí mismo”, es decir, una forma de pensamiento inherente al género humano. Una prueba mas de la inexistencia de alternativa alguna.

Es allí donde debemos apuntar el debate. A encontrar la raíz de ese subjetivismo. Un pensamiento que parece surgir de la naturaleza humana y sólo deberíamos dejar fluir libremente. A eso le llamamos intuición. Toda la “técnica” del pensamiento subjetivo se resume en apreciar la realidad por esa vía. Intentaremos profundizarlo más adelante.

El subjetivismo y la intuición combinados, actúan a la manera de una droga alucinógena, impidiendo captar algo fundamental: una realidad única e indivisible. Y esa incapacidad se produce, porque esa combinatoria naturaliza la existencia de una realidad segmentada en diferentes dimensiones y captable sólo de manera subjetiva.

Hemos visto como, esa realidad, a lo largo de la historia, va delineando en la conciencia humana las diferentes dimensiones hoy reconocidas. Y fueron un avance desde la perspectiva de conocer el entorno. Hasta el siglo XIX, existían las dimensiones física, económica, institucional y sociológica. En el siglo XX, comienza a tomar forma una dimensión ambiental. Y en el siglo XXI, empieza a delinearse una dimensión biológica.

Y esto tiene gran importancia en el desarrollo cultural de la humanidad, pues explica cómo, el género humano, ha ido asumiendo su entorno. Sin embargo, esa perspectiva también generó obstáculos. Naturalizó el tratamiento de la realidad en compartimentos estancos, y reflejada en la organización universitaria, dividida en disciplinas aisladas y autosuficientes. Y gobiernos realizando acciones diferenciales en cada ámbito.

Y surge de la confusión entre la realidad y su percepción debido a las limitaciones impuestas por la intuición. Más aun, actúa suponiendo el versus de esto: en lugar de partir de limitaciones, suponen una capacidad ilimitada de la mente humana.

Efectivamente, nuestra mente posee una capacidad potencial ilimitada. Puede imaginar condiciones desde el más al menos infinito, y sin transición alguna. Justamente la limitación consiste en confundir las elaboraciones surgidas de esa mente con la realidad.

El interrogante a plantear es acerca de si la mente, con capacidad potencial infinita, está intentando, o bien reflejar la realidad, o bien construir su propia realidad. Y esto último no es solo una tendencia percibida como “natural”. Ha sido elevada a categoría filosófica por parte de algunas tendencias. En particular, aquellas negadoras de la existencia de una realidad objetiva, reemplazada por su propia elaboración mental.

La confusión deriva de nunca asumir las limitaciones humanas en la percepción de la realidad, susceptible de graves deformaciones por el peso de la presión cultural y las múltiples experiencias posibles derivadas de las vivencias específicas de cada persona.

No solo no se asumen esas limitaciones del género humano, ya explicadas por todas las orientaciones de la psicología, sino intentan “demostrar” sus potencialidades, y rechazar “in limine” toda otra alternativa. Convierten la necesidad de crear su propia realidad, en un objetivo de primer orden. Y siguiendo esa línea, algunos (demasiados), se ubican en el extremo y enfrentan, de manera combativa, todo intento en contrario..

Pero veámoslo funcionar, tomando el caso más próximo a nuestro conocimiento: la política económica. Las corrientes mayoritarias adoptan como punto de partida irrenunciable, la construcción previa de “su propia realidad”. El neoliberalismo por vía del valor subjetivo como ordenador supremo de la sociedad, el desarrollismo por vía del positivismo, y el populismo, por vía del subjetivismo extremo. Esta última, una concepción filosófica, cuyo punto central es la no existencia de una realidad objetiva, sino solo de opiniones acerca de esa realidad.

Por una u otra vía, siempre aparece el rechazo visceral a la existencia de una realidad objetiva. Y junto a esa realidad tiran por la borda los procesos autónomos desarrollados en su seno. Ya hemos dedicado largas horas a observar esos efectos en la dimensión económica de la realidad. Y las graves consecuencias de esta visión falseada.

Y esa perspectiva se realimenta con el tratamiento universitario del conocimiento en compartimentos estancos. Es más “sencillo” imaginar la realidad económica, desde una disciplina aislada, en lugar de hacerlo en permanente retroalimentación dentro de esa dimensión y con el resto de dimensiones. El “modelo” surgido de ese intento de describir y explicar la realidad, se complejizaría al infinito, cuando el imperativo cultural resulta del criterio opuesto: para cumplir con el requisito de “cientificidad”, los modelos deberían resultar lo más sencillo posible.

En esa línea de trabajo, sólo pueden llegar hasta el nivel de objetarse mutuamente, y solo en el campo de las políticas. Nunca podrían reflejar el diagnóstico de una realidad única e indivisible. Y eso exige la problemática actual, donde afloran las vinculaciones

entre la polarización distributiva, el calentamiento global, y las pandemias. Son la expresión en superficie del entrelazamiento de diferentes dimensiones de la realidad.

Por distintas vías, rechazan la existencia de una realidad objetiva, pero la alternativa, es siempre la misma: dejar fluir libremente la intuición. De allí surgirían “verdades evidentes por sí mismas”, convirtiendo en inútil cualquier tipo de debate. Estamos justamente en el punto donde comienzan a aparecer los problemas.

La intuición está formada por complejos procesos producidos en cada sujeto, donde se mezclan cultura y experiencias personales. Nunca aparece siquiera, el intento de superar esa intuición. Por el contrario, el criterio es dejarla fluir, lo más libremente posible, pues sería inherente al género humano. En lugar de intentar sobreponerse a la intuición, mediante alguna forma de razonamiento sistémico (ni siquiera pedimos resulte “crítico”), tratan de incentivar esa intuición, pues tras ella estaría la (mi) “verdad”.

Tomemos un ejemplo concreto surgido de la problemática socio-económica, es decir, del entrecruzamiento entre disciplinas de la sociedad: el efecto social regresivo de medidas y/o circunstancias económicas, analizadas bajo criterios subjetivistas e intuitivos. Es el caso de la relación entre un bajo nivel de actividad (producido por medidas de ajuste o por una recesión mundial) y la pobreza.

Parten de observar el comportamiento de sus respectivas curvas representativas. De esa relación surge un notable incremento en el nivel de pobreza en períodos de recesión y una fuerte reducción en los períodos de reactivación.

La evidencia estadística, resultaría suficiente para recomendar la eliminación de la pobreza mediante la reactivación de la economía. Algo “evidente por sí mismo”. Nadie se hace cargo de las limitaciones de ese análisis: sólo de superficie, en horizontes de corto plazo, y sin una teoría tras la relación empírica, tendiente a evitar sesgos espurios.

Y en ese caso la “evidencia” estadística es rotunda. Y nos dice: con sólo reactivar la economía es suficiente para eliminar la pobreza. Estamos en la fase analítica y hasta allí, coinciden todas las corrientes mayoritarias. A partir de ese punto, comienza la fase de las acciones concretas y aparecen las diferencias. En ese sentido debemos tener en cuenta los componentes básicos de las políticas: instrumentos y objetivos.

Uno supone, surgirían discrepancias por objetivos diferentes. Un terreno donde las ideologías, detentan su verdadera influencia. Sin embargo, nos encontramos con una sorpresa. Todos abogan por el mismo objetivo: la desaparición de la pobreza. Las diferencias se ubican en los instrumentos para alcanzar ese objetivo.

Aunque resulta un campo más apropiado para la práctica del pragmatismo, allí se producen los más violentos choques ideológicos. Unos plantean reactivar por medio del gasto público (subsidios, préstamos blandos, inversión pública, etc.); otros, por medio de una “lluvia de inversiones” (casi siempre extranjeras). Y ambas sólo a partir de evidencias estadísticas de superficie.

Y, al menos hasta ahora, ambos vienen fracasando, y de manera rotunda. La cuestión no radica en las políticas y menos aún en los instrumentos. Las verdaderas diferencias se sitúan en la fase analítica. Intentemos un análisis alternativo.

Lo hacemos a partir de la misma relación estadística, pero ubicada en un horizonte de largo plazo (50-60 años). Y en nuestro país, observamos un panorama diferente:

- La existencia de ciclos sistémicos de recesión y reactivación, cada vez más frecuentes y más agudos;

- En sucesivas recesiones, el impacto sobre la pobreza es cada vez mayor;
- En la fase de reactivación del ciclo, la pobreza desciende, pero siempre hasta un “piso” o “núcleo duro”, nunca posible de perforar;
- Y lo más importante: ese “piso” de pobreza, resulta cada vez más alto.

La misma estadística nos dice otra cosa: reactivar es importante, pero insuficiente. Y nos lleva a elaborar hipótesis teóricas en las antípodas de la relación estadística anterior: bajo esa superficie con ciclos de recesión y reactivación, posibles de registrar estadísticamente, existen deformaciones estructurales que están produciendo y reproduciendo, de manera autónoma, el problema de la pobreza. Y convierten las promesas electorales, surgidas de enfoques superficiales, p. ej. “pobreza cero”, en una utopía.

Y si bajo ese diagnóstico, “no me da el cuero” (poder político) para realizar las transformaciones estructurales necesarias, al menos ese análisis servirá para plantear objetivos concretos, intermedios y posibles de ser alcanzados. En lugar de plantear eliminar la pobreza, al menos eliminar la indigencia, “hambre cero”, etc. Alcanzar el objetivo de “pobreza cero”, sin eliminar los factores estructurales, no conseguiremos, ni eliminar la pobreza y ni siquiera la indigencia, tal como viene ocurriendo. Peor aún, la experiencia histórica nos dice que, a largo plazo, consolidará la pobreza.

En los cursos anteriores hemos tenido oportunidad de analizar como juegan esas deformaciones en el tema de la pobreza y la exemplificamos a través del sistema educativo, como uno de los reproductores autónomos de ese fenómeno, e independiente del nivel de actividad.

La conclusión del análisis alternativo: junto a la reactivación, deben aplicarse políticas tendientes a remover esos obstáculos estructurales. De la otra manera, dependemos solo del nivel de actividad. Aunque hará posible el descenso de la pobreza, terminará estrellándose contra un “piso”, cada vez mas difícil de perforar, y cada vez más alto.

Frente a este diagnóstico alternativo, pretender solucionar el problema de la pobreza solo con medidas de reactivación, es equivalente a tratar el cáncer con un analgésico. Y para peor, el “analgésico” elegido en Argentina (bolsones de comida, “plata en el bolsillo de la gente”, etc.) parece detentar propiedades cancerígenas, y en el largo plazo agrava la “enfermedad”. Esa reactivación no alcanza siquiera a rozar el proceso de reproducción y consolidación de los problemas estructurales. Peor aún, los consolida.

Incluso una reactivación con graves problemas alrededor de la secuencia a seguir para conseguirla: prioridad a la acumulación o la distribución.

Reactivar, mediante la acumulación en el “pico de la pirámide” de ingresos para luego “derramarla”, solo podrá agravar la polarización del ingreso. Su versus, reactivar mediante un mayor consumo, coadyuva a profundizar la deformación consistente en un bajísimo nivel de inversión. Éste no llega a cubrir siquiera la amortización del equipamiento y la infraestructura, produciendo una permanente retroalimentación en el proceso de descapitalización. Un problema estructural más, y un importante soporte del “núcleo duro” de la pobreza.

La respuesta habitual a ese tipo de crítica es muy esclarecedora: “hablar de inversión, acumulación y descapitalización son planteos capitalistas y yo no creo en eso”. Sin embargo, estamos todos metidos “hasta los tuétanos” (Cf., La Santa Biblia, Hebreos 4:12), en ese capitalismo. Al no hacerse cargo de esas condiciones, de hecho, las están aceptando. Más grave aún, confunden la existencia de una densa base material y de relaciones sociales en el capitalismo, con una mera ideología. Y esa actitud, ya en la instancia de gobernar, se convierte en suicidio político.

Un intento alternativo de análisis del capitalismo fue planteado hace más de siglo y medio, y aún se rechaza, y de manera agresiva, por parte de la cultura dominante. E influye sobre todas las corrientes mayoritarias. Algunas promocionando el rechazo, otras, incluidos los grupos autodenominados “anti-capitalistas”, eluden mencionar en sus propuestas el modo de producción y la dependencia vigente, aceptando, de hecho, el “chantaje ideológico”

Y éste antecedente, de rechazar o ignorar las relaciones entre economía y sociedad, debería ponernos en guardia. Si el entrecruzamiento de fenómenos en ese campo, pone serios límites a políticas construidas a partir del conocimiento convencional; que pasaría si afloran, tal como ahora sucede, problemáticas donde se entrecruzan fenómenos no solo de la sociedad sino también de éstos con los de la naturaleza.

Frente a cuestiones de ese calibre, tomar las diferentes dimensiones de manera aislada, y bajo métodos de conocimiento incompatibles, la confusión sería total y nos dejaría inermes. Es justamente el punto donde nos encontramos cuando nos limitamos a contemplar azorados esos sucesos. Sin una comprensión cabal de los hechos, cualquier intento de corregirlos, fracasará, y de manera inevitable.

5.1.3. Los mecanismos de la intuición

En las llamadas ciencias de la sociedad, su enseñanza, la investigación y el desarrollo de políticas, parten de suponer un hiato radical entre la materia económica y la social. Sus resultados están a la vista, sobre todo materia de polarización distributiva.

En las ciencias de la naturaleza, aunque con tendencias hacia la unificación (nobel a investigaciones transversales, creación por la NASA de su propia universidad, etc.), sigue subsistiendo, y de manera agudizada, un sesgo en las prioridades de su orientación, provocado por quienes financian esos avances.

Algunos ejemplos actuales: digitalización electrónica, orientada hacia la guerra (reemplazo de aviones y soldados por robots autónomos); hacia el reemplazo y precarización de los puestos de trabajo (plataformas colaborativas). En el caso de la química y la biología, orientadas, no a curar dolencias, sino a transformar las enfermedades terminales en crónicas. La investigación espacial, preocupada por avanzar en la minería en planetas, satélites y asteroides. Todos pueden aportar decenas de estos ejemplos.

Sin embargo, hasta ahora, aun habida cuenta de esos sesgos, ha resultado posible comprender donde estábamos parados y hacia donde queríamos caminar, tanto en temas de la sociedad como de la naturaleza.

Ahora es diferente. Nos encontramos frente a procesos donde se entrelazan procesos sociales y naturales, frente a los cuales, no solo no tenemos respuesta, sino además, en lugar de intentarlo, solo contemplamos los sucesos como meros espectadores y para colmo, azorados e inmovilizados, sin comprenderlos.

El terreno está abonado para la reaparición de versiones extremas del subjetivismo. Allí reina la supremacía de la intuición, introduciendo explicaciones bajo formas negacionistas y conspirativas.

Y sucede como producto del vacío dejado por el pensamiento convencional al considerar la imposibilidad de realizar un análisis integral de la realidad pues su complejidad, les resulta inabarcable. Sobre todo cuando en esa búsqueda siguen imperando criterios medioevales: encontrar verdades inmanentes encapsuladas en hipótesis simples.

Es en ese contexto donde la intuición toma la delantera, y aparecen todas las deformaciones arrastradas tras ella. Se trata de un conocimiento directo e inmediato, es decir, sin ningún tipo de procesamiento previo, realizado mediante la intervención del subconsciente. Allí el conocimiento aparece surgir de la propia naturaleza humana, y bajo la forma de una evidencia imposible de ser rebatida.

Es una forma de pensamiento implícito y funciona de manera asociativa. Por ende, reacciona rápidamente y de manera automática. Tiene respuesta inmediata y para “todo”. Es el versus del pensamiento sistemático y crítico aplicado históricamente en ciencias de la naturaleza, haciendo posible sus avances.

También las ciencias de la naturaleza avanzaron a partir de casualidades, inspiraciones e intuiciones del investigador. Sin embargo, aunque haya sido el origen, el “chispazo” inicial de la idea, antes de anunciar su descubrimiento, intentaron reproducir el fenómeno. Pero esta vez, reemplazando la intuición por métodos científicos, es decir llegar a los mismos resultados aplicando procedimientos sistemáticos, es decir, posibles de ser reproducidos (de manera mental o en laboratorio según el caso), por otros investigadores, de manera independiente.

En cambio, al funcionar solo la intuición, aun cuando de ella surgiera una decisión acertada, nunca sería posible explicar cómo llegó a ella, a fin de reproducirla. Y no puede hacerse, pues se trata de un complejo y azaroso laberinto a partir de la interacción entre la mente, las experiencias previas y la presión de los factores culturales.

La intuición “resuelve” los problemas por vía del inconsciente, a su vez modelado por una complejísima trama de historia, paisaje, clima, costumbres, entorno familiar, sistema educativo, medios masivos de comunicación, publicidad, experiencias personales, intereses vinculados a su vida material, relación interpersonal y un sinfín de elementos equivalentes. Son pre-juicios cognitivos.

Y ese pensamiento va acuñando, representaciones deformadas de la realidad. El diseño de ese mundo irreal comienza con las recomendaciones de padres a hijos, referidas al respeto hacia las jerarquías formales e informales; pasa por lecturas escolares delineando un mundo inexistente de artesanos, y nunca el real de empresarios, trabajadores, y sus conflictos; pasa por la universidad, donde, en lugar de una enseñanza “universal”, se realiza en compartimentos estancos; pasa por la lectura de periódicos donde el grueso de su contenido son comentarios de comentarios, y los pocos hechos descriptos, aparecen desajados de su contexto histórico; pasa por la literatura, las revistas, el cine, la radio y la televisión describiendo un mundo donde solo existen, buenos y malos; pasa por films sobre sucesos del futuro o en lejanas galaxias, donde toda referencia a su organización social ha sido quirúrgicamente eliminada; pasa por una publicidad enfatizando en la felicidad personal lograda tras el consumo de ese producto. El bombardeo es colosal y permanente a lo largo de toda la vida. Una verdadera “blitzkrieg”.

Son factores culturales surgidos de las formas de vida: de producir, de relaciones humanas y con la naturaleza, de organizar la sociedad, etc. Esa forma de vida diseña la percepción intuitiva y resulta dominante al delinearse, cada uno, su propia “realidad”.

La percepción es por vía de una intuición modelada por esa presión cultural y se ubica en el nivel del inconsciente. Son meras sensaciones a partir de pre-juicios cognitivos, donde solo pasa a la conciencia el resultado final. Nunca podremos conocer como hemos llegado a ese resultado, y menos aún, reproducirlo.

Mientras esto permanece en la esfera de las relaciones interpersonales (amor, odio, envidia, venganza, etc.), podrá generar problemas al individuo, pero no a la sociedad.

La cuestión radica cuando, esa intuición, pasa a resultar la “verdad” en términos sociales y políticos para ese sujeto. Y ni hablar cuando se siente formando parte de una “mayoría”. De manera compulsiva, intenta imponer su “verdad” al resto de la sociedad.

Y esa influencia no sólo moldea nuestra visión de la realidad. También trabaja, y de manera incansable, para aceptar como “normal” este modo de vida. Y su triunfo, hasta ahora, ha sido rotundo. Y lo seguirá siendo en tanto no realicemos el esfuerzo de asumir la existencia de esa impronta cultural e intentar superarla mediante un pensamiento sistémico y crítico, respecto a la realidad.

La supremacía de la intuición deriva de sentirnos muy cómodos con ella. Permite llegar a conclusiones rápidas y sin conflicto con la voluntad del individuo. Se conforma un pensamiento desiderativo, es decir, confundir la realidad con los propios deseos. Aunque el resultado será consciente y pasa a formar parte de la “verdad” de ese sujeto, no será posible reproducir como ha llegado a ella, y por ende, explicar y fundamentar.

Estos fenómenos intuitivos irrumpen en nuestra conciencia bajo la forma de una “revelación” y sustituyen la realidad. Aquí aparece algo central en el debate de la cuestión económica: la sistemática elusión de un diagnóstico previo para fundamentar las recomendaciones de política económica. Y en lugar de propuestas específicas de acuerdo a un diagnóstico, las recomendaciones de políticas consisten en propuestas universales, aplicables a todo tiempo y lugar.

Aparece como debate central, sólo el referido a la política económica y hace posible eludir su momento analítico. Todo consiste en dilucidar respecto a si se debe eliminar o profundizar las regulaciones, si priorizar la acumulación o la distribución.

En síntesis, la intuición es el modo “natural” de enfrentar la realidad. El subconsciente actúa para seleccionar, por asociación, la información previa a aplicar a cada caso, a partir de la carga cultural y las experiencias personales. No por casualidad, la intuición es el método explícito de las doctrinas esotéricas.

Incluso quienes sostienen la imposibilidad de un análisis objetivo de la realidad, Y, de hecho, aplican la intuición, citan como respaldo investigaciones científicas. Una de ellas, ha sido realizada por neurólogos de la universidad John Hopkins de EE UU. Veamos la información periodística al respecto (Clarín 08-06-2020):

“Un equipo de científicos de la Universidad Johns Hopkins (Baltimore, Estados Unidos) ha utilizado métodos de ciencia cognitiva para poner a prueba una cuestión filosófica largamente debatida: ¿Se puede ver el mundo de manera objetiva? Su respuesta es rotundamente no.

Después de realizar varios experimentos, los investigadores concluyeron que para las personas es casi imposible separar la verdadera identidad de un objeto de la perspectiva con que lo observan.”

En uno de los experimentos, por ejemplo, los voluntarios tenían que mirar a objetos redondos que estaban inclinados y situados lejos de ellos; incluso cuando sabían que los objetos eran redondos, no podían evitar “verlos” de forma distorsionada, como óvalos o elipses.

“La influencia de la propia perspectiva sobre la percepción es algo que los filósofos han estado discutiendo durante siglos. Hacer experimentos sobre esta cuestión fue realmente emocionante”, afirma Chaz Firestone, investigador de la Johns Hopkins y autor principal del trabajo.

Y es que, cuando los humanos vemos las cosas, el cerebro combina la información visual pura con suposiciones y conocimientos adquiridos sobre el mundo.”

Esa investigación, estaría demostrando la imposibilidad de la objetividad. Y así la interpretaron los medios de comunicación. Sin embargo, el contenido de la información, no la niega. Plantea: “casi imposible”, y es una afirmación de gran acierto.

Ese experimento tiende a crear una situación orientada a dejar fluir la intuición, es decir, a no realizar esfuerzo alguno para superarla. En esas condiciones, la “verdad” surgida de una percepción sólo por los sentidos, aparece como “evidente por sí misma”, y convierte en inútil cualquier tipo de razonamiento para superarla.

Incluso esa investigación adopta un criterio crítico. Intenta demostrar la preeminencia del pensamiento intuitivo modelado por la cultura y la experiencia previa. Trata de captar la distorsión producida al dejar fluir la intuición, sin filtro alguno. En esas condiciones, la conclusión es acertada: captar la realidad objetiva resulta “casi imposible”. Y lo hace mediante un método científico. Diseña de una investigación basada en hipótesis, y posible de resultar corroborada o no, por otros investigadores.

A pesar del panorama descripto, por cierto muy sombrío, la propia crisis, está generando una salida. La conjunción de graves problemas, perteneciente a diferentes dimensiones, presentados de manera simultánea y enlazada, la hace posible. El tremendo “cachetazo” recibido produce reacciones positivas. Comienzan a aflorar a la superficie los errores cometidos a partir de políticas construidas en base a percepciones intuitivas de la realidad, y sus graves efectos sociales. Y junto a ellos, aparecen atisbos, por ahora solo analíticos, radicalmente diferentes. Los analizaremos más adelante.

5.2. Realidad y percepción en el plano de las acciones concretas

Hasta aquí hemos revisado la confusión entre realidad y percepción resultante de la aplicación del pensamiento intuitivo, en el plano analítico. Ahora esos efectos en el plano de las acciones concretas. Estamos hablando de las políticas a implementar, donde esa confusión también se convierte en un obstáculo de primer orden.

Dejar fluir libremente la intuición, siempre latente en el género humano, no solo es la fuente de los principales errores de políticas cometidos a diario en todas las dimensiones de la realidad, sino también resulta un freno a los intentos de una visión alternativa, a fin de enfrentar los problemas actuales.

Hemos visto los efectos negativos producidos en materia de conocimiento cuando se aplican esos métodos. En particular, una realidad dividida en compartimentos estancos; una defensa a ultranza de la subjetividad individual; utilización de métodos mal copiados de las ciencias naturales; verificación de “verdades” mediante procedimientos amañados; la existencia de verdades evidentes por sí mismas, o de verdades inmanentes. Una ristra de sandeces. Y para colmo, portando el sello de “científicas”.

Pero no solo produce graves errores en el tratamiento analítico. También algo equivalente en el plano de las políticas. .

La percepción subjetiva por vía de la mera intuición tiene un efecto muy negativo en las políticas alrededor de la dificultad de diferenciar la realidad de su percepción. El rechazo patológico de la existencia de una realidad objetiva, lleva a dejar fluir la intuición. Y esa intuición no surge de la “naturaleza humana”. Está moldeada por el bombardeo cultural y las experiencias personales.

Si sólo actúa la intuición, cualquier investigación se convierte en una mera opinión. De esa manera, resulta inevitable suponer al investigador extrayendo conclusiones, sólo función de sus intereses (políticos, ideológicos, sociales, económicos, étnicos, culturales, etc.). Y cuando a eso le agregamos, la no existencia de la realidad al margen del sujeto, resultaría válido crear su propia realidad. Y si ese sujeto, llegara a detentar alguna forma de “poder”, quedaría “autorizado” a imponer su visión, al resto.

Analizaremos, a manera ejemplificativa, cinco problemas derivados de otorgar prioridad al pensamiento intuitivo en el campo de las políticas en cualquiera de las dimensiones de la realidad:

- El pensamiento desiderativo y el voluntarismo;
- La creación de falsos problemas;
- La díada problema-solución;
- Adjudicar responsabilidades “ad –hominen”
- El poder y el instinto

5.2.1. Pensamiento desiderativo y el voluntarismo

Uno de los efectos negativos del pensamiento intuitivo, resulta de compatibilizar de manera automática e instantánea, la realidad creada, con la propia voluntad. De esa manera confunde la realidad con sus propios deseos. Pudiendo llegar a convertirse en un verdadero síndrome psiquiátrico.

Esto es habitual (demasiado) en política y se expresa bajo la forma de un voluntarismo enfermizo. Todo lo deseable resulta posible realizar, siempre mediando una fuerte decisión. No existe límite alguno a cualquier pretensión surgida de la mente. P. ej., alcanzar el objetivo de “pobreza cero”.

Siempre son objetivos éticamente irrefutables. El problema radica en la metodología de formulación. Está actuando como un espejo deformante de la realidad. Y la anomalía lleva a adoptar políticas, que en lugar de eliminar o aliviar el problema, lo termina consolidando. (Ver Punto 5.1.2.)

El voluntarismo deriva, y de manera directa, de la forma subjetiva del conocimiento. Y en ese terreno la voluntad prima por sobre la razón. Y lo sostienen las tendencias filosóficas denominadas irracionalistas, vitalistas, anarquistas y similares. Sus representantes más caracterizados: Schopenhauer y Nietzsche.

No sólo es un tema de la historia de la filosofía. Actualmente es adoptada por las tendencias extremas de todas las orientaciones políticas. Y en ese terreno quedan igualados. No es casual la tendencia hacia la fusión, intelectual y militante, de grupos hasta ahora, ubicados en las antípodas ideológicas. Ya forman parte del paisaje habitual de la política en el mundo entero.

Las graves derivas políticas provocadas por la primacía otorgada al pensamiento intuitivo surgen de esa forma de conocer el entorno. Su punto de partida: la negación radical de la existencia de procesos insertos en una realidad objetiva. Y lo hacen no solo como ejercicio intelectual, sino también, de manera “militante” y “combativa”.

Cuando son tendencias asumidas y explicitadas, resulta posible neutralizar. El problema se presenta cuando estas líneas de pensamiento son adoptadas de manera inconsciente, es decir, cuando la intuición fluye por la mera ausencia de esfuerzos de análisis crítico. Y en ambos casos surgen de una mirada subjetiva, asumida o no, habilitando a construir su propia y deseable realidad.

En ese sentido, la historia del mundo es un gigantesco laboratorio social. Está plagada de anuncios de estabilidad económica mundial o de una paz duradera, realizados horas antes de ocurrir graves acontecimientos en sentido contrario a la predicción.

Y con los sucesos ya plenamente expuestos, se evalúan sus efectos negativos, como predecibles y evitables. El problema no radica en la habitual triquiñuela política, realizada de manera consciente, para transmitir tranquilidad. Reside en los procesos de psicología social llevando a grandes masas de población a creer en esos anuncios.

La tendencia a receptar sólo las predicciones favorables, es expresión del voluntarismo fomentado por el entorno cultural. A la hora de seleccionar entre buenos y malos augurios, resulta prioritario aferrarse a los primeros. Una forma concreta de confundir la realidad con los propios deseos.

Esa confusión resulta muy habitual entre quienes se afellan a una “creencia” (religiosa, ideológica, política, étnica, etc.) como forma de mantener una aparente coherencia. Y cada una de esas “creencias” arrastra consigo su propia versión extremista, construida a partir de esos mismos argumentos, pero llevados a nivel de fanatismo. Allí aparecen allí los negacionistas, conspiranoicos, y movimientos anticientíficos (anti-vacunas, terraplanistas, ovnílogos, etc.) de toda laya. Y todos imbuidos del mismo sesgo: la intuición como la verdad revelada.

No resulta casual que resulte el soporte explícito de las llamadas pseudo-ciencias, basadas en una supuesta capacidad sobrenatural del ser humano, a hacer aflorar por vía de sus métodos: medicinas alternativas, horoscopistas, cartomancia, etc.

Otra forma resulta de argumentar por el absurdo. Toda afirmación, no refutada pasa a resultar confirmada. Es el argumento típico de una pléyade de creyentes en ovnis y alienígenas. P. ej., el silencio de astronautas, respecto a si fueron, o no, acompañados en vuelos espaciales, por naves extraterrestres, es la rotunda confirmación de su existencia.

Y para confirmar todas estas versiones, sólo resulta necesario suponer la inexistencia de una realidad objetiva por fuera del individuo. Y en ese contexto de subjetivismo extremo, las disciplinas sociales, jamás podrían resultar una ciencia. P. ej., la economía sería sólo una técnica para acomodar cifras y conceptos. Y se le adiciona el mote de “científica”, sólo cuando puede demostrar “mi verdad” o la “mentira” de mi oponente.

5.2.2. Creación de falsos problemas

Las formas anómalas de conocimiento contribuyen a crear falsos problemas. Son afirmaciones, realizadas de tal forma, que no resulte posible, ni probar, ni refutar. Y de esa manera se fundamentan y construyen criterios políticos de acción concreta.

Son problemas solo posibles de resolver mediante la introducción de criterios de alta subjetividad, y de esa manera eludir el debate. Toda discrepancia queda subsumida en las “creencias” personales.

Todas las afirmaciones habituales en “política”, conllevan esa característica. Al menos debemos reconocerle el “esfuerzo intelectual”. Horas y días dedicados a producirlas para ser utilizada en próximos discursos, debates o entrevistas. Están construidas de tal manera, que resulte imposible demostrar lo contrario. El objetivo es desviar los verdaderos debates y todo quede empantanado entre el “yo creo”, y el “no creo”.

Uno de los métodos más usuales es la llamada historia contra-fáctica: “que hubiese ocurrido si [. . . .]”. Ejemplos concretos:

- “Si Macri hubiese seguido en la presidencia, con pandemia hubiésemos llegado a tener 10.000 muertos”.
- “Si Perón viviera, se anotaría en Juntos por el Cambio”.

Y su resultado no es menor. En este momento, toda la humanidad está ocupada en debatir falsas disyuntivas tales como salud versus economía. El caso más antiguo, y notable: la afirmación de la existencia de un ser supremo. La clave radica en afirmar algo, nunca posible, ni de probar ni de refutar.

Toda la historia de la humanidad está plagada de enfrentamientos a partir de falsos problemas. Y no solo bajo la forma de debate intelectual. De manera casi inevitable, culminan en sangrientos enfrentamientos. Y con una de las partes, imponiendo su “verdad”, mediante la fuerza: guerras religiosas, étnicas, económicas, etc. Y a pesar de las recurrentes y fatales encerronas, siguen existiendo.

La creación de falsos problemas resulta habitual en política, y en el campo de las ciencias de la sociedad. Y ambas, análisis y acción, en permanente realimentación. Su fuente: la subjetividad dominante en ambos campos.

Y justamente allí es donde aparecen los más graves errores. En el curso de los años 2018-20 hemos examinado esos efectos en la dimensión económica. Uno de los más notables resulta de debatir sólo en el campo de la política económica, y en particular, sobre las regulaciones. Fatalmente desembocan en el pantano de “creer o no creer”. Un falso problema creado para eludir el terreno de las deformaciones estructurales, donde esas regulaciones nunca podrían siquiera llegar a rozarlas.

5.2.3. La diáada problema-solución

La profunda inserción cultural de la intuición como forma de conocimiento, conlleva una diáada, es decir una estrecha e inevitable relación: en este caso, a cada problema debería corresponder una solución. Y ésta siempre debería existir, más allá de la capacidad de quien, circunstancialmente, está a cargo de realizar las políticas. Demasiado parecido a creer en la existencia de verdades inmanentes, a las que solo bastaría descubrir.

La existencia potencial de una “solución” para cada “problema” es una expresión más del subjetivismo y voluntarismo reinante en el conocimiento de nuestro entorno. Y para resultar posible, esa “solución” supone una total flexibilidad de la realidad, tanto en el campo de la sociedad como en el de la naturaleza. Todos los fenómenos son reversibles, por definición.

Bajo este supuesto, cualquier deformación puede volver a su estado anterior, a la manera de una cinta elástica. Pongan a esa anomalía cualquier nombre: pobreza, desocupación, crecimiento, calentamiento global, pandemia. Siempre sería posible, volver al estado anterior, y sin cargar con un alto costo social, económico o financiero.

Un ejemplo concreto es hablar de “pos-pandemia”. La expresión sugiere la reversión completa de ese problema. Sin embargo, las dificultades comienzan a aparecer, y hacen posible su reemplazo por el concepto más ajustado de “nueva normalidad”, con un significado diferente: supone una normalidad anterior ya irrecuperable.

Bajo el criterio de flexibilidad y reversibilidad de los acontecimientos, en la dimensiones socio-económica, ambiental, sanitaria, etc.; carecen de sentido conceptos cruciales, tales como acumulación, retroalimentación, puntos de no retorno, etc..

En el caso de la economía, implica suponer una capacidad ilimitada de los instrumentos, manejados desde Estado: políticas económicas, sociales, tecnológicas, etc. Y de

esa manera, sería posible volver, desde cualquier situación, a la anterior o caminar hacia otra deseable. Solo bastaría con agregar una fuerte dosis de voluntad y poder político.

Ya hemos tenido oportunidad de analizar, al menos en el campo de la economía, y bajo el modo de producción capitalista, no solo las fuertes limitaciones de los propios instrumentos disponibles, sino también la posibilidad de ser realizados desde el Estado, frente a los problemas estructurales.

También un Estado limitado por la contracara: el mayor poder relativo de las decisiones de los agentes económicos, al menos en el capitalismo. Estas pueden hacer aún más las mejores y fuertes políticas de cualquier gobierno. P. ej., las decisiones empresariales respecto a la tenencia de moneda nacional, al ahorro en moneda local o extranjera, al destino del excedente (inversiones, consumo suntuario, fuga de capitales), etc. También es prueba de ello, la continuidad e incremento de los gases de tipo invernadero en la cuestión ambiental, a pesar de las advertencias, medidas adoptadas, y congresos internacionales en la materia.

El supuesto de reversibilidad de los fenómenos, es introducido, y de contrabando, por vía de modelos matemáticos tendientes a “simplificar” la realidad. No es un supuesto instrumento universal, sino de una de sus construcciones: el cálculo infinitesimal.

Esa matemática puede ser representativa de algunas de las dimensiones de la realidad. P.ej., de los procesos productivos de naturaleza mecánica, y por ende, sus relaciones son funcionales, secuenciales, y en una misma dirección. Pero justamente por eso, jamás podrían representar otros fenómenos de la naturaleza y menos aún, fenómenos de la sociedad. Pero lo utilizan porque de esa manera justifican, por medio de esa “matemática” la supuesta científicidad de análisis tendientes a mantener una rotunda escisión entre los procesos económicos y los de tipo social.

Todas esas falsas premisas en el campo de las relaciones sociales, nunca son explícitadas, pero se introducen mediante un “truco”. Usufructúan de la ideología creada por la cultura dominante donde el uso de la matemática aparece como un sello de científicidad, y de supuesta neutralidad ideológica.

Incluso, los propios especialistas, ignoran los supuestos existentes tras el uso de ese instrumento y su potencial incompatibilidad con la realidad bajo estudio. Aducen utilizar “matemáticas” como algo genérico. Sin embargo, se trata de un determinado tipo de instrumento matemático, y eso nunca es explicitado.

Aunque resulta fundamental el uso de las matemáticas, no debería realizarse para encontrar verdades inmanentes, y hasta ese momento ocultas. Es un auxiliar indispensable para mantener la coherencia interna en la instancia analítica. Pero debe ser una matemática construida a partir de suponer movimientos compatibles con el fenómeno bajo estudio. Y a esa elección no la puede resolver la matemática misma, sino una fuerte teoría acerca de los caracteres básicos del fenómeno bajo estudio.

Si en lugar de matemáticas del siglo XVIII, utilizaran aquellas desarrolladas y/o aplicadas en los siglos XX y XXI, podrían obtener una mejor aproximación a los fenómenos económico-sociales. (Ver punto 3.1.)

Utilizar una matemática, construida bajo supuestos de reversibilidad, y aplicarla a fenómenos irreversibles, para así “demostrar” su potencial flexibilidad, es decir, el retorno de una variable a su posición anterior, resulta un absurdo científico. Y la “solución” de allí surgida, en lugar de superar, tenderá a agravar el problema.

Y bajo esta reversibilidad, matemáticamente “probada”, resulta posible llegar a suponer la existencia de una “solución” para cada “problema”. Y un con agregado lógico: esa “solución” no debería dejar huella de costo alguno. Un elemento más del voluntarismo compulsivo vigente en el campo de la política.

Para el voluntarismo, la “solución”, y sin costo, siempre “existe” o “debería existir”. Solo basta invocarla y llevarla adelante mediante una fuerte convicción. Y luego, cuando esa “solución” no aparece, surge el reclamo habitual: “que se vayan todos”. Y supone, debería hacerse cargo, “alguien que sepa”. Se está aludiendo a la existencia inevitable de una solución, pero desconocida por los gobernantes de turno. Equivalente a la “verdad” inmanente supuesta por la intelectualidad universitaria.

Y ese “alguien”, hará básicamente lo mismo, pero se diferenciará exigiendo un mayor poder político para realizarlo, incluso aplastando criterios democráticos. Y se le otorgarán, por el temor a una crisis extrema.

El simplismo existente tras el esquema “problema-solución” entra en crisis frente cuestiones de neto corte estructural como las actuales. Son problemas cuya acumulación, derivada de ser ignoradas por décadas, ha generado problemas insolubles en el corto y mediano plazo, y bajo las prácticas convencionales. Requieren, no de un “genio” para resolver problemas con “magia”, pues estos reaparecerán bajo otras formas y peores consecuencias (Cavallo en hiperinflación), sino de una salida posible por consenso.

Tampoco del consenso surgirá una “solución mágica”. Sin embargo, podrá acordar una salida a largo plazo. Y en ese extenso interregno, hará posible distribuir, de manera equitativa y progresiva, su costo, y por ende, resultar socialmente viable.

Todas las corrientes políticas mayoritarias trabajan sobre la base de un esquema donde, a cada problema debería corresponder una solución. Y sin costo alguno. Y esto es aceptado porque la intuición, tanto de gobernantes como de gobernados, ha sido moldeada por la misma cultura dominante.

Y las propuestas surgidas de un análisis alternativo, hasta ahora, han sido fácilmente aplastadas con solo tacharlas de “pesimistas”. En su lugar se han seguido criterios “optimistas” tales como “crecimiento”, “aire limpio”, “pos-pandemia” y similares, surgidos de un voluntarismo enfermizo.

Mientras nos entretenemos en esos escarceos pseudo-intelectuales, el tiempo y los procesos prosiguen su marcha, y de manera imperturbable. Y día a día, construyen una realidad al margen de ese optimismo congénito, y su graduación acumulativa camina, de manera franca, en dirección hacia puntos de no retorno, inexistentes para la intuición.

Pero con un flanco positivo. En las condiciones actuales, afloran las deformaciones estructurales en cada una de las dimensiones, y como se potencian debido a las políticas convencionales realizadas. Comienza a delinearse la verdadera dimensión del problema y la necesidad de utilizar métodos analíticos y políticas alternativas. Resulta cada vez más transparente, que a pesar de los esfuerzos realizados, los problemas centrales (polarización distributiva, calentamiento global y pandemia) han proseguido su profundización y consolidación.

Bajo esta perspectiva, las “soluciones” convencionales ya comienzan a aparecer como ridículas. P. ej., en la dimensión ambiental, frenar la contaminación pagando una tasa, en pandemia, las vacunas harán posible volver a la situación anterior, hacer desaparecer la pobreza resolvería la polarización distributiva.

En la cuestión ambiental, comienza a surgir con claridad el fracaso de todos los intentos realizados. Frente a ello, los gases tipo invernadero y la contaminación prosiguen su impertérrita marcha.

En la dimensión biológica de la realidad, se ha dejado de hablar de “pos-pandemia”, un escenario donde el voluntarismo haría posible volver a la situación anterior. Comienza a perfilarse “una nueva normalidad”. Esto implica un escenario con aspectos de irreversibilidad, y con ello la necesidad de adaptarse a condiciones diferentes y de mayor costo social, solo posibles de administrar bajo formas consensuadas. Y se debe a la perduración de los efectos del virus, las limitaciones de la vacunación por la aparición de variantes y nuevos virus, y su retroalimentación con fenómenos ambientales y sociales.

En polarización del ingreso, las políticas paliativas instrumentadas hasta ahora quedan al desnudo cuando, los éxitos parciales obtenidos a partir de considerar la pobreza como una cuestión coyuntural, son arrasados cuando se presentan crisis generadas por la acumulación y realimentación de factores estructurales. Y frente a esos problemas, no solo nadie hace nada. La “academia” sigue negando, y tozudamente, su existencia.

5.2.4. Argumentos “ad hominem” y “chivos expiatorios”

Hemos visto como, la aceptación de una realidad construida por nuestra mente y, por ende, moldeable a voluntad, conlleva el rechazo de la existencia de procesos autónomos en la sociedad. Procesos estos, donde se entremezclan y condicionan mutuamente, las diferentes dimensiones de la realidad, y se reflejan en la superficie sensorial y registrable, bajo la forma de graves problemas. Los más importantes en las condiciones actuales: polarización distributiva, calentamiento global y pandemia.

Si la existencia de procesos autónomos no solo es rechazada de plano sino también atacada, y de manera salvaje, aparece un interrogante crucial: ¿de dónde surgen estos problemas? Y allí aparece la intuición dando su respuesta: la existencia de culpables de “carne y hueso”. Y con resultados trágicos a lo largo de la historia de la humanidad.

Si no pueden existir procesos objetivos y autónomos provocando problemas estructurales, los de superficie, tanto dañinos como virtuosos, jamás podrían derivarse de ellos. La única alternativa posible es la de resultar provocados, y de manera consciente, por personas de carne y hueso o grupos (étnicos, sociales, religiosos, etc.), dotados, o bien de una maldad congénita y por ende los declaro mis “enemigos”, o bien, dotados de una bondad congénita y los declaro mis “líderes”. Siempre la responsabilidad es “ad hominem”. Los procesos no existen ni pueden llegar a existir.

Esto conlleva un rechazo visceral a la necesidad de la objetividad, y por ende de una fase analítica previa a las acciones concretas (diagnóstico). Y junto al “agua de la bañera, arrojan al bebe”: la teoría, necesaria para penetrar la complejidad inherente de la realidad. Parten de una hipótesis inversa a la nuestra: la imposibilidad fáctica de procesos objetivos. Y quien se atreva a mantenerla, como mínimo, le cabe el castigo cultural de ignorarlo. Ya las versiones extremas de esas mismas corrientes (negacionistas y conspirativos), se encargarán acorde a la perversidad de los “culpables”.

Los efectos regresivos, sociales, ambientales y biológicos, son atribuidos a una “maldad” consuetudinaria. Puede provenir de quienes gobiernan, de algún grupo buscando apropiarse del poder, de “odiadores seriales”, o bien del enemigo político de turno. La acusación más usual, en el caso del coronavirus, es adjudicarlo a multimillonarios estadounidenses. Provocan el coronavirus para justificar una vacunación masiva e introducir con ella un “chip”, con el propósito de dominar la mente de todos los habi-

tantes del mundo. No muy diferente al mito circulante en Estados Unidos, en los años '50', referido a la cloración del agua para convertir a todos en comunistas.

De partida, ya estamos ante un serio problema. Y no sólo de una eventual y trágica persecución tras esa denuncia, tan habitual en la historia de la humanidad. Aún sin ello, actúa, y de manera muy negativa. El mensaje político transmitido es: con solo desplazar del poder a los oponentes "malvados" y poner a gente "bondadosa", el grueso de los problemas se solucionaría de manera casi automática. El lector queda autorizado a reemplazar las categorías de "bondad" y "maldad" por el mote político o ideológico de su preferencia.

Tras esquemas de ese tipo, los problemas estructurales no existen ni pueden existir. Solo una sociedad dividida (¿"grieta"?) entre buenos (casi siempre buenísimos) y malos (casi siempre malísimo). Una realidad virtual armada a la manera del guion de un film hollywoodense. Una estupidez manifiesta. Sin embargo, el grueso de las acciones políticas se construye, día a día sobre estas este tipo de fundamentos.

Y su resultado a través de la historia no ha sido solo erróneo. Alimenta los extremismos y ha hecho posible las más graves tragedias de la historia de la humanidad. Es la experiencia de las persecuciones a brujas, armenios, judíos, negros, gitanos, homosexuales, comunistas, inmigrantes, [.], y un larguísimo etcétera.

Todos fueron y son "chivos expiatorios", utilizados, por una parte, para descargar la "justa ira" despertada por tal nivel de malevolencia, llegando hasta auto-justificar su liquidación física. Por la otra, para definir un responsable con "nombre y apellido", y así auto-eximirse de toda responsabilidad por acción u omisión.

Y esto condiciona toda la política. En una Argentina ya muy lejana del siglo XXI, más precisamente a fines del año 2019, los dos partidos políticos, destacados por sus campañas electorales basadas en culparse mutuamente de todos los males existentes, recogieron el 90 % del total de votos. Es en ese tipo de contexto donde aparecen los argumentos "ad hominem" para profundizar la "grieta" y concentrar los votos.

Formar parte de un grupo, o ser acusado de integrarlo, cuando es señalado responsable de todos los males, invalidará, de partida, cualquier opinión de esas personas. Incluso, frente a un criterio fundamentado, la sola pertenencia a ese grupo, real o supuesta, basta para eximir al interlocutor de la necesidad de refutar esos argumentos. Con sólo colocar el marbete estigmatizador, y de mayor impacto en ese momento, resulta más que suficiente, para rechazar esa opinión.

Si la realidad no existe y solo es posible su construcción subjetiva, cualquier opinión, fundamentada o no, está condicionada por la perversidad o bondad congénita subyacente en la ideología del grupo de pertenencia.

Allí aparecerán etiquetas tales como "gorila", "peronista", "facho" o "bolche", para invalidar de facto, cualquier afirmación en contrario de la propia. Incluso la sola existencia de una opinión en contrario del oponente, es interpretada como la confirmación definitiva de su propia "verdad".

Desde allí, a su versión extrema, el negacionismo o una visión conspirativa de la historia, solo existe un pequeño paso. El problema comienza a dejar el plano de las disciplinas sociales para ubicarse en el de la salud mental.

No es una casualidad que esas visiones extremas hayan acompañado de manera sistemática la búsqueda de chivos expiatorios y generado trágicos episodios. Pero no se trata solo de una cuestión histórica. Hoy, existen importantes países del mundo gober-

nados por políticos, en cuya carrera y acciones concretas se destaca su visión negacionista de la realidad actual y/o conspirativa de la historia.

5.2.5. El poder y el instinto.

Esta distorsión nace de un texto con una historia muy oscura. Se trata de “Wille zur Macht“, traducido como “La voluntad de poder“, y editado bajo la firma de Federico Nietzsche. Y decimos oscura pues se editó en 1901, no solo luego de su muerte en el año 1900, sino una década después de su desaparición de la vida civil. Ya en 1890 debió ser aislado debido a una fuerte depresión.

Ese texto fue entregado al editor por su hermana, quien adujo haberlo armado en base a apuntes nunca publicados. Y no se trataba de cualquier editor, años después, fue asesor de Adolfo Hitler. Algunos autores suponen, “metió mano” en el escrito. Debido a estos antecedentes, los historiadores de la filosofía, no incluyen ese trabajo en su bibliografía. De hecho, están negando su autoría.

Con esto, no pretendemos diferenciar su contenido del pensamiento de Nietzsche. La mayoría de las afirmaciones contenidas en ese libro, fueron realizadas por ese autor en sus trabajos reconocidos. Sin embargo, en un contexto y con objetivos diferentes.

Estaban orientadas hacia una filosofía de la estética. Intentaba explicar a poetas, escritores, plásticos y trabajadores de la cultura en general, que crear su propia realidad era un aspecto indisoluble y sello fundamental de su creación artística. Estaba generando un criterio de defensa de los artistas frente a las acusaciones típicas de la época, y aun hoy vigentes: acusar a los plásticos por deformar personas y objetos; a los escritores y poetas (y ahora a guionistas y directores de cine y TV), por apología del delito o de la droga; y a todos, por ofender convicciones religiosas.

Los estudiosos de la obra de Nietzsche entienden, dado el perfil global de sus trabajos, sería imposible, él hubiese consumado un traslado mecánico de esos conceptos de la estética a la política. Todos los indicios, señalan haber sido realizado por otros.

En ese texto, ya no es el artista, sino el político, quien debe aplicar su instinto a la realidad. Una de las formas de la intuición. Incluso, el origen instintivo de las ideas políticas, justifica, en caso de acceder al poder, su imposición al resto de la sociedad.

En ese contexto, el objetivo central, el “poder”, pierde el carácter de una construcción racional. P. ej., llegar al poder para realizar transformaciones; para mantener el statu-quo; para enriquecerse, etc. El poder, pasa a resultar una consecuencia del instinto, algo inherente a la naturaleza animal y humana. Y se exterioriza, no en todos, sino en los “übermensch”, una suerte de líderes infalibles, ubicados “más allá de lo humano”.

Una acotación al margen. La traducción usual de ese término, es la de “superhombre”. Posiblemente sea correcta. Sin embargo, por razones culturales resulta inevitable asociar esa palabra a la imagen de un personaje de historieta muy difundido desde hace varias generaciones. Y esto implicaría distorsionar su significado en términos de la tradición cultural alemana.

La difusión de ese texto, explica casi todo lo existente a su alrededor. El filósofo alemán Martin Heidegger, famoso por su libro “El ser y el tiempo” de 1927, un texto que marcó el nacimiento de la corriente filosófica del humanismo, renunció de hecho a ese pensamiento. Y en pleno auge del nazismo, portando un brazalete con la cruz gammada, dictaba conferencias dentro y fuera de Alemania sobre el libro adjudicado a Nietzsche. Justamente el versus del humanismo por él creado. Y lo difundía como el fundamento filosófico del imperio milenario del nacional-socialismo.

Y las consecuencias siguen siendo tan delirantes y trágicas como aquella. La ejemplificamos con una muy actual. La legislación penal en el mundo entero absuelve el robo famélico, matar en legítima defensa y casos similares. Y se justifica por resultar una consecuencia del instinto humano de conservación de la vida y por ende, inmanejable en el plano de la conciencia.

De allí interpretan: cuando se cometen transgresiones éticas o normativas, con el fin de acceder o mantenerse en el poder (robar, matar, secuestrar, traficar droga y otras “pequeñeces” por el estilo), como surgen de un “instinto de poder”, las acciones derivadas de ello, también son humanamente incontrolables. Por ende cualquier delito surgiendo de acciones tras la consecución de ese “poder”, también deberían ser exoneradas.

No es un chiste. Un analista político de Argentina ya lo ha propuesto en varias ocasiones bajo la forma de excluir de por vida a los presidentes, de toda sanción del código penal. En la Rusia de la era Putin, ese criterio, ya ha sido convertido en ley.

En resumen, todas estas deformaciones: pensamiento desiderativo y voluntarismo; creación de falsos problemas, conflictos del esquema problema-solución; responsabilidad “ad hominem”, el poder como consecuencia de un instinto, y similares, tienden a impedir diferenciar la realidad de nuestra percepción, el obstáculo más importante para superar la visión fragmentada de una realidad única e indivisible con graves (y muy peligrosos) efectos políticos.

En la 4^a reunión, comenzaremos la búsqueda de una metodología alternativa.

Lic. Daniel Wolovick

Córdoba, Mayo de 2021